

RUTA: SUDOESTE DE ASTURIAS
(CANGAS DEL NARCEA - DEGAÑA - IBIAS)

POR

LUCIANO CASTAÑON

De las plurales Asturias existentes —por algo el nombre de la región es también plural— uno pertenece, en cuanto al paisaje y al margen de otras condiciones diferenciales, a la Asturias de chimeneas fabriles y mar perenne, un mar bronco en invierno, y no tanto en verano, cuando afluye la gusanera humana hacia la canela de sus playas. En ocasiones, como cualquier hijo de vecino, hacemos las oportunas escapadas en busca de los entresijos sanguíneos de nuestra provincia, viendo entonces las negruras de unas escombreras, los valles hermosamente verdes o amarillos de maizales, los diversos tonos de los lagos o la albura áspera de unas rocas en permanente desaffio. Pero además de estas Asturias tipificadas y fácilmente frecuentadas por extraños o comprovincianos en sus desplazamientos, ¿qué pensar de las zonas situadas más allá de los límites a que nosotros mismos nos ceñimos? Conocer Asturias no es discursar largamente sobre la playa de Barro o la de Tapia, visitar Covadonga y las fábricas de sidra, probar el

queso de Cabrales o soportar la paciente espera en las riberas de los ríos salmoneros. Asturias tiene también en su parte más ancha un Sur con vigencia regional, aunque desconocido, porque parece ser que no se siente lo mismo al decir: "Visité unos pueblos de Degaña" que: "Ayer estuve en Pajares"; Pajares suena a presunción; Degaña a lugar ignorado, remoto o trasmontano.

Existen teóricos equivocados que consideran a los del occidente de Asturias más gallegos que asturianos, así como a los orientales, montañeses; pero a los de la zona Degaña-Ibias ¿cómo considerarlos? Y también, ¿cómo son los pueblos de tales concejos, qué piensan sus gentes, a qué se dedican? Con intención, pues, de conocer algunos de tales aspectos nos trasladamos hacia dichos Ayuntamientos, pasando por Cangas de Narcea que, sin esperarlo, se nos interpuso en el camino, en el sentido de prolongar impensadamente nuestra estancia en tal villa. La visión es —no puede ser de otra manera— parcial por la limitación de lo visitado; pero cabe suponer que dada la identidad en cuanto al habitante de los pueblos de tales concejos, no difieran apenas las notas de viaje aquí reseñadas con las que pudieran decirse de los demás. Sospecho, por otra parte, que estos apuntes tienen un carácter excesivamente personal, pecando de proliferado "yoísmo", y entonces me apresuro a confesar mi culpa, así como de no haberme sabido sustraer a tal rémora, al menos en esta ocasión. Por otra parte es indudable que las notas que se tomen en un viaje difieren bastante según el objeto de las mismas, dependiendo su redacción a veces del destino que puedan tener: revista especializada, un periódico o un libro.

Y sin más, vamos al toro.

Es ya de noche cuando llego a Cangas de Narcea: por eso, intranquilamente, lo primero que intento es asesorarme para continuar viaje al día siguiente, hacia Degaña. Al consultar

encuentro —inexplicablemente— contradicciones en los horarios que me dicen, pero lo más probable —y para mi mal— es que hasta la tarde del día siguiente no podré disponer de coche de línea que me conduzca hasta mi primera etapa.

Incitado por la ociosidad noctívaga charlo con el sereno —¡mira tú que si estando en Cangas fuese madrileño!— relleno de carnes y tranquilo de talante; procuro sonsacarle detalles del pueblo; que si esto, que si lo otro, que si lo de más allá; ya se sabe o supone: *era una conversación con un sereno*. Hablando y hablando surge el tema de quienes escriben, quienes son los que pueden saber detalles curiosos referidos al pueblo, etc. Entonces me cita un nombre, por el hecho —según él— de que tal cangués colabora en el portfolio de las fiestas locales, y seguidamente, con amabilidad —¿o por aburrimiento?— me acompaña hasta el café donde aquél suele parar. Al caminar por la calle céntrica y estrecha de Cangas, se me impuso el recuerdo de otra lejana tarde en la que yo había caminado por allí; tarde que tenía completamente olvidada, colocada con sus vivencias muy al fondo de la transtienda de mi memoria, —¿décimos en un substrato recóndito del subconsciente?— Recordé entonces que tal día íbamos a jugar al fútbol a algún sitio, y se hizo en Cangas una parada para entretener media hora, o merendar, o estirar las piernas; cierta sapidez a embutido —de que goza fama el pueblo— revoló también en mi recuerdo.

Formamos una reducida tertulia cafeteril: el Poeta, un pariente, un amigo, yo, —luego se añadirían otros—. El poeta hace versos —por supuesto—, pero también es prosista; tiene la tez de un moreno gitaneril, es alto, escueto, con barba cerradísima y tupida como un sol; también es lector y cazador; “asturianu de verdá”, pero con solera de experimentado vivi-

dor. Me dice, como detalle curioso, que en el concejo de Cangas hay un pueblo que se llama Tainás, y que en Marruecos, cerca de Targuis, existe otro pueblo con el mismo nombre de Tainás; me cuenta luego sus aventuras cinegéticas, bueno, parte de ellas, pues en versión completa resultarían largas y tendidas, impropias por tanto para una sola sesión de sobrecena. Le dice al pariente: "Sube a ver si encuentras las cuartillas del otro día". Luego las leemos; describe en ellas la persecución —mejor, espera— venatoria del urogallo; es una prosa quizás demasiado primaria en la que hay intercalada tal cual gracia. Cuenta del oso, del oso asturiano tan ladrón como pacífico, del oso confianzudo que anda más o menos cerca de los pueblos, y mucho más menos que más. Afirma: un hombre se encontró frente a un oso en un camino, se paró, y para espantar al animal, chilló y agitó su pañuelo, pero aún con tales ademanes el oso no se iba; el hombre, testarudo, tampoco estaba dispuesto a marcharse; por fin, el oso, como comprensivo, se apartó, esperó que pasara el hombre, y luego volvió nuevamente al camino. Después viene lo de la mujer que hilaba al lado de una choza en una braña; el oso avanza y llega cerca de ella, aproximándose tanto que la mujer ya no se atreve a huir; temerosa queda inmóvil, petrificada; sin embargo el oso pasa contoneándose tranquilamente ante ella, como si su presencia allí fuera algo habitual. Muchas veces se oye esa fantasía de que un cazador mató a un oso a cuchilladas, o sea, clavándole el cuchillo en una lucha de "hombre a hombre", abrazándose; pero eso, ¡qué cuento más chino! Dice el Poeta: "Mira, matar un oso con un cuchillo, es lo mismo que ponerse a parar una locomotora con un tridente". Resulta amena la tertulia, en la que se escapa algún refrán propio del concejo, como: "La primera fiesta que Dios nos envía, ye la de San

Tirso nel río de Luina”; “En Santo Antón de Xineiro entra el sol en toos los regueiros, menos en el de Rocabo, que non entra en to'l' año”. Rocabo es un reguero próximo a Cangas; “El vino por San Andrés, viejo es”, y en el pueblo de Mieldes puntualizan más: “En chegando San Andrés, el vinu nuevo di Cangas añejo es”; como se sabe, en Cangas se cultivan viñedos.

Entre los pueblos más heráldicos de Asturias, figuran sin duda Tineo y Cangas del Narcea; menos mal que los escudos están en las paredes de las casas, pues si estuvieran en las aceras o en las calles, quedaría obstruído el paso de peatones y vehículos. Una de las muchas familias que tienen escudo en Cangas es la de Sierra Pambley; su lema dice:

Este pino, pino albar
y esta cerda con su grey,
son las armas y el solar
de la casa de Pambley.

Alude ello a cierta guerra y el consiguiente cerco; el casual hallazgo que hizo un Pambley de una cerda con su “grey”, sirvió para saber por donde se podía penetrar y combatir así a los cercados. Como se puede ver, lo genealógico tiene a veces orígenes desconcertantes por imprevistos, o se les imputan. Claro que quien desee enterarse de lo fantástico en este aspecto, y referido a Asturias, sólo tiene que leer lo publicado por Tirso de Avilés.

A diecisiete kilómetros de Cangas está Besullo, pueblo popular por habitar en él, pese a ser tan reducido, varias familias protestantes; al parecer éstas van siendo ya escasas, pero escasas eran también en 1925, cuando solamente existían allí

cuatro de tales familias, pudiendo considerar arraigado el protestantismo en dicho pueblo desde 1870 aproximadamente. Para dar un más exacto conocimiento de lo concerniente a esto, consideramos oportuno anotar lo que manifestó el pastor protestante a D. Aurelio de Llano, cuando este acérrimo asturiano lo visitó, publicando luego la entrevista en la obra "Bellezas Asturianas de Oriente a Occidente", Oviedo 1928. A la pregunta de "¿Cuándo y cómo entró en Besullo el protestantismo?", contesta el pastor: "Después de la revolución del año 1868. Entonces, un vecino de este pueblo, que había estado en Madrid, trajo libros protestantes y con ellos hizo propaganda; se reunieron varias familias, fundaron una Asociación y nombraron pastor de la misma a D. Manuel Rodríguez Martínez. Luego vino el inglés Mister Anstro, creó una escuela y puso al frente de ella a la esposa del Sr. Rodríguez. Cuando esta señora murió, se suspendió la enseñanza de los niños hasta que regresó a aquí mi hija con el título de bachiller, adquirido en Barcelona, y el de maestra, alcanzado en la Normal de Oviedo, y dió clase en nuestra Asociación durante diez años..." Continúa luego: "Cuando cambié de religión, mi pobre madre, que era ferviente católica, que en las noches de invierno no permitía que ninguno de la familia nos acostáramos sin rezar el rosario, tuvo un gran disgusto..." Termina Aurelio de Llano: "Este pastor es hombre sencillo y afable, no cobra sueldo por el cargo que desempeña; se dedica a la agricultura y vive humildemente del producto de sus tierras".

En relación con esta citada situación religiosa, se cuenta el siguiente sucedido: Estaban unos cazadores en La Furada, lavando un jabalí, y apareció por allí una mujer con unos niños; surge la conversación, y a preguntas de uno de los cazadores sobre los hijos que la acompañan, responde la mujer:

—Pero tengo otros mayores que están estudiando pa curas.

—¿En Oviedo? —aludiendo al Seminario que en la capital hay.

—No, no. En Nueva York.

—¿¡En Nueva York!?! —con sorpresa—.

—Sí. Ye que son curas... *de los otros*, —refiriéndose con tal discriminador *de los otros* a los protestantes.

Y sí es cierto que los de tales familias suelen verse favorecidos para que sus componentes jóvenes estudien alguna carrera.

De vez en cuando el dueño del bar en que estamos da un paseo por las proximidades de nuestra mesa. El bar tiene excesiva luz, quizás para que vean bien unos jugadores de damas, más embebidos en su juego que en la bebida —inexistentes sobre su velador—. Quiere llegar la media noche; eso dice el ambiente del bar desangelado, sin el calor humano que proporciona el runruneo de conversaciones.

Una de las posibilidades para que al día siguiente pueda desplazarme pronto desde Cangas de Narcea a Degaña, es madrugar y subir a un camión que transporta mineros, aunque sólo me llevaría hasta Rengos, pueblo a mitad de camino. Cuando cuento que deseo ir desde Degaña a Ibias caminando, los que me acompañan se arman un pequeño lío al decidir si eso es posible o no.

Sin justificación alguna, no doy el madrugón imprescindible o exigible para la problemática marcha. Se prolonga pues mi estancia en Cangas, no premeditada. Camino por el pueblo al tún-tún. Estando en un bar, comienza a llover, no a llover, sino a diluviar como si nunca lo hubiera hecho. Tras los cristales siento el apagado gozo de ver las estrellas explosivas, el suelo neblinoso con los rebrotes del agua; agua y agua con

inaudita violencia sobre la carretera, los tejados, un depósito de agua —¡qué paradoja!— allá lejos sobre un montículo apenas visible; y algún chófer que entra blasfemando, y la panadera que entra “pingando”, aunque aparece pronto su marido con un paraguas prehistórico; —por el diálogo, por la hechura y compostura del hombre, se ve que la mujer es la que trabaja en casa, el hombre, condescendiente, parece enfermo—.